

EL AVANCE DE LA TECNICA Y LOS VALORES HUMANOS

Por Horacio Rosa
estudiante de 1er. Año de Historia y
Geografía.

El constante avance de las ciencias y las artes guerreras, hacen que el potencial humano sea dotado de la mayor y mejor cantidad de armas y mecanismos de combate, dándole así, una enorme potencialidad y efectividad.

La pavorosa realidad de las armas termoneucleares, de las armas y elementos guiados, a veces en medio de velocidades supersónicas, por artefactos previsoros y de absoluta precisión, hacen que el hombre, aparentemente, haya sido superado por la máquina militar.

Sin embargo, los que así suponen, caen en un error, pues la máquina militar, sólo ha "contribuido" de una manera eficaz, a aumentar el standard de eficacia del soldado. Las condiciones cambiantes de los métodos de lucha, no han eliminado aún, a través de la historia, el valor de la mentalidad y fortaleza humana. La especialización del soldado en esa técnica moderna, su capacidad para resistir las campañas militares, no importa el terreno en que lucha, siguen siendo el factor de más sensible mira para las organizaciones encargadas de llevar a cabo la guerra. Aún en los países de más absoluta mecanización, el factor humano sigue siendo el elemento indispensable para la utilización de las victorias o la reparación en la derrota.

La técnica se supone que avanza junto a la civilización, progresivamente, desde los comienzos de la historia. De la diferencia entre los métodos de guerra, o sea la técnica militar, y el progresivo avance de la civilización, marca el gran contraste, y su secuela, la derrota de los elementos faltos de previsión. Así pues lo que los franceses suponían como técnica pura en la guerra de 1870, era considerado como técnica anticuada por los alemanes, que encontraron una nueva manera de conducir las operaciones mi-

litares. La nueva técnica fué la vencedora.

La realidad de las victorias diplomáticas francesas en la cuestión de la sucesión española, y el rechazo de la Candidatura Hohenzollern por parte de la política francesa y la aceptación de esa política por Alemania, pudo haber provocado, de hecho, la paz en vez de la guerra. Sin embargo, el encadenamiento de los acontecimientos diplomáticos provocó lo contrario, encontrando a una Francia cuyos efectivos militares, no se encontraban perfectamente en "regla".

El conde Benedetti, desde Berlín explicaba:

"... O bien aceptamos la unidad alemana y en este caso le hacemos una benévola acogida, o bien pretendemos oponernos a ella, y en este caso debemos prepararnos sin descanso para la guerra".

Nadie parecía hacerle caso; por un lado la diplomacia francesa parecía tener la intuición del problema en toda su extensión; por el otro lado, los preparativos no se hacían pues se suponía, a pesar de las aspiraciones prusianas, que no habría guerra. La diplomacia alemana no era acorde con el pensamiento de los grandes políticos franceses: la idea de la "balcanización" de los estados alemanes, el sueño más típicamente francés, era arrojado a un lado por los nuevos ideales prusianos. "Admitir la unidad alemana, parecía chocar contra todas las tradiciones; preparar la guerra era fastidioso. Se eludió la alternativa; se resistió a la unidad; se abstuvo de preparar la guerra, y de esta manera habían de cerrarse todos los caminos de una y de otra". (León van Vassenhove: "Le Préjugé de la Guerra Inévitable").

Podríamos entonces remontarnos a la Historia para descubrir hechos semejantes de descuido del factor "avance de la técnica moderna" para darnos cuenta que la utilización de esa técnica, por la mentalidad de soldados acordes con el espíritu de ese avance, muestran el efecto por medio de grandes derrotas, por parte del que no quiso atisbar la realidad, y grandes victorias por el lado del que auscultó en las necesidades de la reforma de los medios de combate.

Con esa falta de visión por la necesidad de cam-

biar los elementos de lucha, y la utilización de los mismos Goliat se lanza a un combate que, por tradición y acerbo histórico, debía ser una victoria. La concepción del guerrero hoplita, en su máxima expresión, aparece encarnada en Goliat: sin embargo su técnica era errada: suponía que la espada en su mano era incontrarrestable, y su sola mención bastaría para desequilibrar el combate individual. David presenta no un arma nueva, sino un arma antigua con una técnica superior. De hecho, el conjunto del arma y la técnica eran absolutamente nuevos. No era el tamaño ni el valor de las armas lo que podía dar la victoria, sino la utilización metódica del conjunto del soldado con el elemento a utilizar. De hecho Goliat, "dormido sobre sus laureles" fué dominado por un "oscuro esfuerzo" por mejorar la técnica de armas en uso, mediante la inteligencia y la iniciativa.

El desastre del poder Asirio, en 610 antes de Cristo, no tiene parangón en la historia. ¿Cuál fué la causa de la destrucción tan violenta y total de esa nación poderosamente guerrera y fuerte?

"A primera vista parece difícil comprender el destino de Asiria, pues sus militaristas no pueden ser acusados como los macedonios, los romanos y los mamelucos de "dormirse sobre sus laureles". (Arnold J. Toynbee: "Estudio de la Historia" Compendio).

En efecto, la historia nos muestra fehacientemente, el avance de la técnica paralelo al avance de la civilización asiria: los monumentos, las obras de arte, etc., que presentan a las civilizaciones sucesoras el panorama del mundo vivido en el entonces, nos hablan de ese avance loable. Perfeccionamiento de armamentos y métodos de uso de diferentes tipos de soldados, etc. ¿A qué se debe el colapso de ese poder? Se debe casi exclusivamente a la tendencia de aumentar palmo a palmo, las conquistas imperialistas, a su tendencia de predominio militar, poniendo en peligro constante su economía, su vida social, su vida política, etc. De hecho, tras esa fachada de aparente virtuosismo militar, seguía el poder asirio tambaleante, como una armadura sobre un caballo, pero sin jinete en su interior, o por lo menos, como una armadura con un jinete muerto, pero sin caer. Una brisa bastaría para su aniquilación. Así le pasó a Asiria.

Pero Asiria es un caso individual separado de las alternativas de otras instituciones militares. La seguridad por las armas que se portan la han tenido desde Goliat hasta nuestros días, todos los guerreros. El desprecio por las que aparecen llevan, indudablemente al error. Los métodos de lucha también cambian con las armas.

En la Iliada tenemos muchos ejemplos de la técnica; una masa de hombres individualmente nulos, ahora "hombro a hombro" constituyen una fuerza cohesionada o incontrarrestable. El hoplita forma la "falange" pero luego ha de aparecer el legionario romano con nuevas armas y nuevas técnicas para superarlo en Pidna. Con apenas cien años de experiencia, los romanos habían logrado superar netamente a todos sus adversarios. La utilización de su superioridad fué el factor principal. Su desempeño como infante ligero o pesado según el desarrollo del combate, aún frente al enemigo, eran insuperables. ¿Por qué pues los romanos utilizan en Cannas (214 a de C.) una técnica errada? Sus pesadas formaciones fueron inutilizadas por las pinzas envolventes y por la caballería que les cortó la espalda, para ser luego destrozadas por la infantería pesada del enemigo. ¿Por qué habiendo superado la etapa de la utilización de la pesada falange espartana, la colocaban entre sus métodos de lucha? Con esa técnica errada siguieron hasta su completa masacre. En esa escuela de la derrota se templaron y depuraron el uso de la infantería. De allí constituyen la fuerza de infantería más efectiva y la victoria persiste por muchos siglos.

En Farsalia el legionario, llegado a la cúspide de la perfección, arrasa con las esperanzas de la falange. Sin embargo, cinco años atrás, de manera casi imperceptible para el mundo, el guerrero a caballo, armado de arco y flecha, había propinado en Carras (53 a. de C.) una derrota concluyente. La técnica del hombre a caballo, el "lancero" posterior fué la técnica de los siglos posteriores. Se le protegió al máximo, pero al fin fué "liquidado" por el guerrero oriental, montado ágilmente sobre un rápido corcel y armado ligeramente que se denominó el "mameluco".

A su vez, en el encadenamiento de la sucesión de los métodos de lucha, y elementos de combate, los mamelucos fueron derrotados, primero, por la ciencia de Napoleón y su ejérci-

to popular, formado por una "leva" que daba buenos soldados y mayores reemplazos, y luego por la avanzada técnica demostrada por las fuerzas de Lord Kittchener en Ondurmán.

"En 1918 los métodos de 1870 se vinieron abajo ante los nuevos métodos de la guerra de trincheras y del bloqueo económico; y en 1945 se había demostrado que la técnica que ganó la guerra de 1914-1918 no era el último anillo en esta cadena que se alargaba constantemente. Cada anillo ha sido un ciclo de invenciones, triunfos, letargias, y desastres; según los precedentes establecidos así durante tres mil años de historia militar, desde el encuentro de Goliat con David a la perforación de la Línea Maginot y una Muralla Occidental por la introducción de "catafractos" mecánicos y la puntería de precisión de arqueros que van sobre corceles alados, podemos esperar que se proporcionen con monótona consistencia ejemplos nuevos a nuestro tema en tanto que la humanidad sea tan perversa que continúe cultivando el arte de la guerra" (A. J. Toynebee: obra citada).

Alejados un tanto de la verdadera concepción de este tema, volvemos sobre nuestros pasos, para decir pues, que el avance de la técnica y la perfección de los elementos de lucha, así como la precisión y potencia de los mismos, no dejan de valorar más aún, el elemento humano que ha de manejarlos, fabricarlos, resistirlos, luchar contra ellos, etc.

Por supuesto que ante el valor del elemento humano, el verdadero conductor de hombres, debe tomar en cuenta su índice patriótico, su lealtad, su resistencia ante la adversidad, y ejercer una amplia influencia sobre su personalidad militar.

Los ejércitos modernos, mediante la democratización de los países, y los Servicios de Conscripción obligatoria, hacen que, de hecho, los ejércitos estén formados por el pueblo mismo. La opinión pública, por supuesto, debe ser instruida en los principios de la guerra, y volcada en el sentimiento de la justicia de la misma.

De esto se deduce que la opinión pública ve la guerra con dos temperamentos: o la guerra es popular; o la guerra es impopular. Puede ser popular al comienzo, pero la deshumanización de las acciones bélicas la puede trastocar en impopular; o vice versa, puede ser impopular, pero un gran acontecimiento la vuelve popular al paroxismo.

Hay antecedentes que demuestran que la guerra, en conclusión final y fatalista, es la conducción de las masas hacia la muerte; hacer que ese sentimiento sea puro y convincente, es la tarea de los dirigentes: el fin ha de justificar los medios.

Frente al problema del temperamento completamente alternativo de la opinión pública, es donde deben dirigirse los esfuerzos de la clase rectora de un país.

Solamente en una democracia el gobierno está nítidamente identificado con el pueblo, y por ende, el gobierno muestra el sentimiento de la masa; siempre ha de actuar en comunión con el alma popular, de no ser así, no podrá contar con un ejército de hondo fervor patrio y de inclinación favorable a la guerra.